

Demipage

presenta a

José Ovejero

en

Nueva guía del Museo del Prado



CRISTO YACENTE
(Vallmitjana Barbany, Agapito)

Un hombre joven, fuerte
—pero mira qué delicadas son sus manos—,
dormido, a primera vista.
Descansa el mármol blanco,
piedra, tacto, la suavidad de la piel.
Dan ganas de acariciarlo
como a la amante tendida
con el cabello suelto
sobre la almohada.
No asusta su muerte,
al contrario; uno se dice: es solo eso.
El cuerpo presente, no hay memoria
ni deseos, ni conciencia.
Nada que ocultar.
Cuerpo. Forma. Volumen.
Las elegantes proporciones.
Y sólo si te fijas bien
ves las llagas,
apenas rasguños en la piedra,
sin sangre, sin dramatismo, sin historia.
Podría haber muerto
de cualquier otra cosa.

LA INCREULIDAD DE SANTO TOMÁS (Stom, Matthias)

Porque sabes que la carne engaña menos que la voz
bienaventurado;
porque necesitas hurgar en la herida,
tocar el cuerpo para saber que es cuerpo
bienaventurado;
porque no te basta la palabra de ningún dios
bienaventurado;
porque humildemente alargas la mano, palpas,
huelas, examinas,
antes de asentir con la cabeza
bienaventurado;
porque no temes al ridículo de quien desciende
a los detalles,
bienaventurado.

Patrono de los incrédulos,
de los que dudan,
de los que fruncen el ceño,
de los que desconfían de milagros y apoteosis,
Tomás, eres el único santo
ante el que me inclino.